

El poder de la ciencia

José Manuel Sánchez Ron

Crítica. Barcelona, 2006

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 22/03/2007

José Manuel Sánchez Ron acaba de publicar una obra mayor, *El poder de la ciencia*, cuyo embrión y antecedente inmediato apareció ya en 1992 bajo el mismo título, aunque con un contenido mucho más restringido. Ahora abarca un horizonte disciplinario más ambicioso, la historia social, política y económica de la Ciencia, y un intervalo temporal más amplio, los siglos XIX y XX. El presente texto es fruto, por tanto, de una reflexión continuada y de una prolongada decantación conceptual sobre un tema capital en nuestros días, las relaciones recíprocas entre Ciencia y Poder, entendido éste último en todas sus dimensiones y condicionantes.

Empieza la obra con uno de los capítulos añadidos, “Napoleón: el imperio de las ciencias”. En la Academia de Artillería, Napoleón había sido discípulo de Laplace, quien tuvo la iniciativa de apadrinar su ingreso en lo que luego sería el Instituto de Francia. Entre las palabras que pronunció con motivo de su ingreso, cabe citar las siguientes: “El verdadero poder de la República francesa debe consistir en no permitir que exista una sola nueva idea que no le pertenezca”. Napoleón era a la sazón un mero general del ejército de Italia, pero ya parecía tener muy claro el papel del conocimiento científico como herramienta de poder. De hecho, en sus botines de guerra siempre incluía elementos concretos del conocimiento. Así, por ejemplo, de Alemania se trajo el secreto del agua de Colonia y la remolacha azucarera, cuyo contenido en azúcar sería mejorado por Vilmorin del once al dieciséis por ciento bajo el amparo de una serie de decretos napoleónicos destinados a fomentar el estudio y el cultivo de dicha cosecha.

El poder absoluto no siempre ha tenido una actitud favorable a la investigación científica, y a menudo ha acabado pagando un alto precio por el desfavor. Así Hitler, en su ceguera, tiró piedras contra su propio tejado al diezmar el estamento científico, como parte de su política racial, y Stalin, en connivencia con el inefable Lysenko, condenó a la Genética como ciencia burguesa y barrió incluso físicamente a los genéticos de la Unión Soviética, asegurando así el hambre que aún hoy padecen sus herederos.

Existe un poder inherente al conocimiento científico, que no está mediado por los factores económicos, políticos o sociales, al que Sánchez Ron ha llamado “el poder de las ideas”, personificándolo en figuras como las de Darwin y Einstein, a las que dedica sendos capítulos. Por otra parte, los científicos han sido a menudo complacientes con el poder político y han comulgado de forma voluntaria con las ideas imperantes. En este contexto, tienen especial relevancia los capítulos dedicados a la movilización de los científicos en favor de la primera guerra mundial y a la militarización de la ciencia durante la segunda guerra y a lo largo de la guerra fría. Se hace una detallada descripción de la publicación en diez idiomas del denominado “Llamamiento al mundo civilizado” -más conocido como “Manifiesto de los 93”- un documento ferozmente nacionalista y militarista que suscribieron, en octubre de 1914, la práctica totalidad de los científicos alemanes importantes. Einstein fue el único científico relevante que no sólo se negó a firmarlo sino que se adhirió a una réplica: “Manifiesto a los europeos”, que significativamente no concitó más que dos firmas adicionales, una de las cuales, la de Wilhelm Fürster, también aparecía en el manifiesto al que pretendían replicar.

Otro episodio especialmente iluminador, entre los muchos que nos narra Sánchez Ron, se refiere a una célebre carta que Lise Meitner dirigió a Otto Hahn, ya finalizada la segunda guerra mundial. En la carta, que se reproduce íntegra en el libro, y a propósito de Fritz von Wettstein,

director del jardín botánico de Berlín que falleció durante la guerra, Meitner escribe: “¿Cómo un hombre que nunca objetó a los crímenes de los recientes años puede ser útil a Alemania? ésta es la desgracia de Alemania; el hecho de que todos vosotros habéis perdido la noción de la justicia y de lo correcto”.

El libro tiene apropiadamente un final abierto, representado por el epílogo, que se titula “Ciencia y Naturaleza” y trata sobre el papel de la ciencia ante los grandes conflictos ecológicos, como los planteados por el agujero de ozono, la contaminación o el cambio climático. En dichos conflictos, el poder de la ciencia, si es que lo tiene, deberá enfrentarse a intereses socioeconómicos poderosos y a arraigadas posturas políticas e ideológicas. Sánchez Ron ha escrito un libro imprescindible en la actual coyuntura.